

Un modelo cognitivo de las interacciones matón-víctima

Javier García Orza*

Taller de Psicología (Málaga)

Resumen: La conducta de matonismo, en inglés *bullying*, es una agresión que se caracteriza por el repetido acoso físico, verbal y psicológico, sin mediar provocación, que un/os sujeto/s (matones) ejercen sobre otro/s (chivos expiatorios, cabezas de turco o víctimas) con el propósito de establecer una relación de dominancia que les reporte una gratificación social y/o individual. Este tipo de agresión suele tener lugar con considerable frecuencia en las interacciones que desarrollan los alumnos en la escuela. El matonismo muestra una dinámica compleja en la que intervienen aspectos educativos, sociales y cognitivos. A lo largo del presente trabajo intentaremos ofrecer, desde una perspectiva sociocognitiva que defiende el uso de modelos mentales de relación interpersonal, un análisis de los procesos que tienen lugar en matones y víctimas, con el fin de facilitar la comprensión y la intervención sobre el fenómeno.

Palabras clave: matonismo, matones, víctimas, modelos mentales, cognición social.

Title: A cognitive model of bully-victim interactions

Abstract: Bullying is a subtype of aggression that involves systematic verbal, psychological or physical harassment of a weaker child (the whipping boy) by a stronger one (the bully). This behavior is elicited by subjects with the proposal of establishing a dominance relation which provides them social or individual rewards. This aggression used to occur with considerable frequency between pupils in the school. Bullying is a complex interaction in which educatives, social and cognitive variables are involved. The aim of this review is to offer, from a socialcognitive perspective which proposed the use of mental models of interpersonal relationship, an analysis of the processes implicated in the interaction between bullies and victims. Attention to bullying from this point of view can facilitate the understanding of the phenomena which will redounds to intervention and prevention.

Key words: bullying, bullies, victims, mental models, social cognition.

1. Introducción

La frecuencia de las interacciones dañinas en las que se implican matones y víctimas contrasta con el escaso conocimiento que sobre este fenómeno, ampliamente investigado en Noruega desde la década de los setenta, existe en nuestro país. El fenómeno matón-víctima o la conducta de matonismo, en inglés *bullying*, es una agresión que se caracteriza por el repetido acoso físico, verbal y psicológico, sin mediar provocación, que un/os sujeto/s (matones) ejercen sobre otro/s (chivos expiatorios, cabezas de turco o víctimas) con el propósito de establecer una relación de dominancia que les reporte una gratificación social y/o individual (García Orza, 1995). Este tipo de agresión que suele tener lugar en la escuela, es más habitual de lo que creemos, volviendo la vista atrás hacia nuestra etapa escolar, todos podemos recordar a compañeros que estaban sometidos de forma habitual a injustificadas agresiones por parte de otros alumnos.

Como fenómeno interactivo el matonismo muestra una dinámica de gran complejidad. A lo largo del presente trabajo intentaremos ofrecer, desde una perspectiva social del procesamiento de la información, un análisis de los procesos cognitivos que tienen lugar en matones y víctimas, con el fin de facilitar la comprensión del fenómeno. Partimos de la idea de que los sujetos construyen representaciones de la realidad, específicamente modelos mentales de relación interpersonal, cuando mantienen interacciones con los demás, no siendo una excepción las situaciones de matonismo. La explicación de la dinámica matón-víctima en estos términos nos obliga, como paso previo, a una breve descripción del fenómeno y de los modelos mentales a partir de los cuales analizaremos el fenómeno. Finalizaremos ofreciendo una reflexión sobre algunos rasgos de lo que puede ser una terapia escolar antimatonismo de carácter global basada en aspectos cognitivos.

2. La dinámica matón-víctima

Ha sonado el timbre y los alumnos se encaminan al patio de deportes donde permanecerán los 20 minutos que dura el recreo. Paco, un muchacho de 13 años alto y fuerte, va an-

(*Dirección para correspondencia: Javier García Orza Taller de Psicología. C/ Duquesa de Parcent, 10, 6º E. 29001 Málaga (España).

dando por los pasillos de la escuela con sus amigos José y Pedro. La clase de matemáticas ha sido aburrida y Paco necesita algo de actividad. Entre montones de cabezas distingue una que viene en sentido contrario, es Luis un chico de 12 años al que conoce del autobús. Paco se desvía ligeramente de su camino interponiéndose en el de Luis. Cuando éste que va algo distraído llega a su altura, recibe un coscorrón poco amistoso en la cabeza. Luis se duele, levanta la cabeza y su cara refleja una mezcla de terror y de sorpresa. Paco por el contrario lo mira desafiadoramente, con aire de superioridad le sonríe y repite el coscorrón antes de alejarse en dirección al patio. Luis que no ha proferido una sola palabra durante todo el suceso, permanece cabizbajo doliéndose en el mismo lugar de los hechos.

Situaciones como ésta, que desgraciadamente se repiten con cierta frecuencia en nuestras escuelas, constituyen un ejemplo típico de matonismo. Este fenómeno tiene consecuencias diversas y graves al crear un sufrimiento considerable a las víctimas y producir un efecto nocivo sobre la atmósfera escolar; además de forma indirecta parece que tanto matones como víctimas suelen sufrir a corto plazo absentismo escolar y rechazo por parte de otros alumnos, y a largo plazo dificultades para el ajuste social e incluso problemas de delincuencia (Whitney y Smith, 1993). La gravedad de las consecuencias que tiene el fenómeno creemos que obliga no solo al personal educativo sino a toda la sociedad a prestar más atención al matonismo de la que se le venía dedicando.

En la labor de divulgación de este fenómeno sobresale el escandinavo Dan Olweus (1986, 1992) quien se ha constituido en el auténtico motor de la investigación sobre *bullying* a nivel mundial. Olweus considera que un individuo está siendo víctima de éste cuando está expuesto de forma repetida a insultos, puñetazos, patadas, empujones, al aislamiento rechazo u otra clase de molestias por parte de otro u otros sujetos con mayor poder que él (Olweus, 1992). Aunque los sujetos matones en cierta proporción suelen tener déficits en autoestima y/o habilidades sociales, factor que ha enfatizado algún autor (ver Dubow y Capps, 1988; Ekblad, 1986), para Olweus esto es solo un factor coadyuvante. Según él, los matones inician las agresiones con la intención deliberada de infligir miedo o malestar, de dominar y oprimir al otro obteniendo recompensas tangibles por sus actos (Olweus, 1992). Esto supone considerar el matonismo principalmente como función de motivaciones y hábitos desviados, y no como una carencia en habilidades sociales o autoestima (García Orza, en prensa).

La investigación de campo realizada en distintos países (Arora, 1994; García Orza, 1995; Olweus, 1992; Whitney y Smith, 1993) ha posibilitado establecer la existencia de ciertos rasgos asociados al matonismo como: una superioridad física o psicológica del matón;

la existencia de agresiones físicas, verbales y/o psicosociales; recurrencia en las mismas; y la adopción del rol de víctima y de matón por parte de los sujetos. Además, este tipo de dinámicas no son exclusivamente de carácter diádico, con cierta frecuencia se dan como fenómeno grupal. Así por ejemplo, en las escuelas es fácil encontrar grupos que suelen aprovechar los recreos para hostigar a grupos de alumnos de menor edad por pura diversión.

En lo referente a los actores del fenómeno, el cuadro del matón típico que se desprende de la literatura señala como rasgo distintivo la agresividad que éstos manifiestan no sólo frente a sus compañeros sino también hacia sus profesores, padres y hermanos. Muestran además una actitud positiva hacia la violencia, manifestándose de forma violenta con más asiduidad que sus iguales. Suelen ser físicamente más fuertes que sus víctimas y bastante impulsivos y autosuficientes (Perry, Kusel y Perry, 1988). En cuanto a las víctimas, tanto Olweus (1992) como Perry, Williard y Perry (1990), distinguen dos grupos: las víctimas pasivas, no responden a los ataques y son sujetos inseguros, y las víctimas provocativas que son individuos violentos y desafiantes que cuando la ocasión lo permite adoptan el rol de matón compartiendo todas sus características. Centrándonos en las víctimas pasivas, por constituir el grupo más numeroso, la literatura reseña que suelen aparecer como personas inseguras y ansiosas, dependientes, su autoestima es menor que la de sus compañeros, y su actitud hacia la violencia es negativa (Olweus, 1992). Son también individuos sensibles, retraídos, miedosos y propensos a problemas emocionales (Vaughn y Lancelotta, 1990). Cuando son atacados suelen reaccionar con pánico, y en edades tempranas a menudo con llantos. Su conducta parece señalarlos como inseguros, débiles y poco propensos a responder a los ataques. En lo concerniente a su físico, son más débiles que la mayoría de sus compañeros.

Las características personales no constituyen los únicos elementos responsables de las agresiones que los matones realizan sobre sus víctimas, la aparición del matonismo se ve favorecida también por ciertas condiciones situacionales. El matonismo aparece cuando la víctima se ve obligada a compartir el medio con los matones. Si existe la posibilidad de huir, la víctima en la mayoría de las ocasiones lo hará (García Orza, 1995). Por el contrario, no es frecuente la aparición de ataques en presencia de personas, padres, profesores, personas mayores o compañeros con poder, que puedan censurar al matón por su conducta.

Las escuelas se constituyen, sin pretenderlo, como un ambiente propicio para la aparición del matonismo, ya que en ellas se dan las características situacionales a las que nos hemos referido. En los colegios las posibilidades que tiene la víctima de huir son mínimas, está obligada a compartir con el matón un espacio limitado.

Además existen lugares como los pasillos y los patios donde la presencia o la vigilancia de los profesores es escasa, por lo que el sujeto se encuentra indefenso. En relación con este aspecto, las investigaciones muestran que el número de profesores que supervisan los recreos es una variable que está en relación inversa con la frecuencia de episodios de matonismo (Whitney y Smith, 1993), y que la mezcla de alumnos de distintas edades en el espacio escolar, aumenta la incidencia del matonismo (Arora, 1994).

Como la mayoría de los fenómenos que implican a niños y adolescentes, el matonismo ha sido estudiado prioritariamente en las escuelas. Los datos suelen reflejar que tiende a ser ignorado por profesores y padres, lo cual no se corresponde con los elevados niveles con los que realmente se presenta en los centros de enseñanza. La mayoría de las investigaciones realizadas fuera de nuestro país sitúan la incidencia del problema, que suele ofrecer escasas variaciones de un colegio a otro, entre el 20% y el 30% en la Enseñanza Primaria y entre el 5% y el 15% para la Secundaria (Whitney y Smith, 1993). En España las todavía escasas investigaciones empíricas parecen indicar que se encuentran implicados en el fenómeno alrededor del 18% de los alumnos (García y Pérez, 1989; García Orza, 1995). Incluir esta sucinta descripción del fenómeno del matonismo, destacar las diferencias que señalan los estudios en el comportamiento de los matones en función del sexo: el fenómeno aparece con mayor frecuencia en niños los cuales tienden a hostigar tanto a niños y como a niñas, mientras que éstas sólo lo hacen a otras niñas. La forma de matonismo que desarrollan los varones es fundamentalmente física, por el contrario el de las niñas se basa más en la exclusión social, los insultos y las mentiras, lo que se conoce por matonismo indirecto (Olweus, 1992; Siann, Callaghan, Glissov, Lockhart, y Rawson, 1994).

3. La representación cognitiva de los episodios de interacción: los modelos mentales

Incluso entre teorías cognitivas rivales parece estar aceptado que existe una fuerte relación entre las conductas que los individuos emiten y el sentido que le dan a la situación en la que se encuentran. Berkowitz (1974), ya puso de manifiesto que los estímulos en sí mismos no son el elemento clave para el desencadenamiento de la conducta agresiva. el factor clave es la interpretación que de ellos hace el sujeto. Este hallazgo pone de manifiesto la importancia de lograr un mayor conocimiento de las representaciones de la realidad que elabora el sujeto si queremos explicar sus conductas agresivas.

Hablar de representaciones en psicología cognitiva puede hacer referencia a múltiples conceptos. En el presente trabajo analizamos bajo una perspectiva teórica basada en la noción de modelos mentales (Johnson-Laird, 1983), la representación que de la situación de agresión desarrollan tanto matones como víctimas. No negamos la existencia de otro tipo de representaciones, como esquemas, guiones, etc., en el sistema cognitivo del sujeto, sin embargo, creemos que estas últimas carecen de la flexibilidad y la dependencia que requiere una representación que se adecue a las variaciones del entorno, aspecto que constituye, precisamente, la principal virtud de los modelos mentales. Entre las características de los modelos mentales se encuentran su dinamismo y que poseen algún grado de isomorfismo con sus referentes, además especifican cierto objetos, sucesos, personajes y papeles de éstos, que se mantienen activados y accesibles en la memoria, y guían el procesamiento de la situación estimular. El individuo actúa construyéndose una representación dinámica de la situación, no aplicando simplemente categorías almacenadas estructuralmente rígidas (para una justificación detallada de la elección de los modelos mentales como mecanismo implicado en la representación de las situaciones de matonismo, ver García Orza, en prensa).

El conocimiento del medio social implica la definición de modelos de carácter específico acerca de los referentes concretos del contexto. La idea que subyace es que el procesamiento de la realidad se guía desde fases muy tempranas por representaciones acerca de ésta que los sujetos elaboran en su memoria operativa. De manera que el sujeto ante una situación estimular determinada construye lo antes posible una representación de la misma en su cabeza (García Orza, en prensa).

La construcción del modelo mental se rige por unas reglas de corte semántico que combinan una matriz o red de primitivos físicos y sociales. Es cierto que no se conoce mucho acerca de cómo se combinan y cuál es el papel que juega el ambiente pero, como dice Rodrigo (1993, p. 16): "... una vez realizado el cómputo de primitivos y conformada la trama, los objetos y las personas se engarzan en argumentos que crean determinados estados de representación del mundo."

Estos escenarios o modelos iniciales delimitan el procesamiento posterior de la situación y las conductas que en ésta se van a dar. La situación a su vez permite una definición cada vez más precisa y completa de los propios escenarios o modelos mentales (Rodrigo, 1993). Situándonos en un continuo, en un extremo los modelos mentales pueden ser muy laxos, conteniendo información muy sucinta, mientras en el otro éstos incorporan mucha información e implican predicciones muy específicas acerca de secuencias o sucesos posibles, propiedades y papeles de agentes, objetos, etc.

Somos conscientes de que la noción de modelos mentales está también sujeta a críticas, por su falta de precisión y elaboración formal pero existen importantes evidencias a favor de la intervención de estos en fases tempranas del procesamiento en situaciones de interacción.

4. El suceso bajo la perspectiva de los modelos mentales

Una vez que poseemos nociones acerca de la naturaleza de los modelos mentales y del fenómeno del matonismo, veamos como puede desarrollarse el modelo mental de los sujetos en la situación que hemos usado al inicio del artículo para ejemplificar el matonismo.

Los sujetos implicados en este suceso (Paco y Luís) elaboran un modelo mental de la situación a partir de los estímulos sobre los que focalizan su atención y el significado que tienen para ellos. Crean así un escenario o modelo mental consistente en una matriz de primitivos que representan al espacio, al tiempo, a las personas y los objetos, y a los vínculos (causa, intención y meta) que se puedan establecer entre ellos (Rodrigo, 1993). Esta representación no constituye una fiel copia de la situación, la construye cada sujeto de forma particular dando lugar a modelos mentales de carácter dinámico, únicos y personales.

Si nuestra pretensión es analizar la situación en términos de los modelos mentales que los sujetos elaboran en la situación problema, será preciso que comencemos por el principio. La conducta de Paco mientras camina hacia el patio de recreo se ve guiada por su actual modelo mental: ha terminado la clase y es hora de salir (situación), se dirige junto a dos amigos por los pasillos (medio), hacia el campo de deportes (meta). Su actual meta y la situación le exigen construir un modelo mental bastante simple a partir de primitivos isomórficos, que son aquellos que preservan ciertas características del input estimular como el espacio, el tiempo y las clases de personas (Rodrigo, 1993). La representación de esta información en la memoria operativa será la que permitirá a Paco llegar a través de los distintos corredores al patio de recreo.

Sin embargo, en el transcurso de las conductas que Paco elicitaba para lograr su meta, la percepción de un estímulo produce una variación en sus intenciones, con la consiguiente alteración del modelo mental que define su comportamiento. Teóricamente se considera que la construcción de un nuevo modelo de relación interpersonal es suscitada por la existencia de elementos relevantes en la situación, siendo fuentes que desencadenan la formación de modelos mentales: la satisfacción de necesidades básicas y la presencia de los objetos que las satisfacen; la necesidad de regular la cantidad de estimulación; y las *affordances* del medio tanto físicas como sociales (Rodrigo, 1993). Es decir, la modificación del

modelo mental depende de que se modifique el estado interno del sujeto o de que se produzcan variaciones en la situación que sean relevantes para ese estado interno. En este caso, la variación del modelo mental de Paco viene determinada por la percepción de un estímulo externo, del que cree poder obtener grandes recompensas internas (Perry, Williard y Perry, 1990), y de las propias necesidades internas, típicas de los matones, de ejercer su dominio sobre otras personas.

Paco distingue la cabeza de Luis entre las del resto, su modelo mental se modifica. A partir de lo percibido recupera de su memoria a largo plazo la información sobre Luis: es un sujeto débil al que ha atosigado en muchas ocasiones, está categorizado como víctima propiciatoria. Ha aparecido una nueva circunstancia que modifica el modelo mental inicial, ahora el medio oferta la posibilidad de disfrutar de algo de diversión a costa de otro (meta). En estas circunstancias Luis genera un nuevo modelo mental, una nueva secuencia medios-meta: acercarme a Luis, sujeto débil, ponerme en su camino y darle un coscorrón (medios), disfrutando de mi superioridad y su insignificancia (meta).

Los modelos mentales que empleamos en situaciones psicosociales están determinados por las representaciones de los vínculos persona-persona que se establecen entre los individuos. En este caso la representación que integra Paco en su escenario mental con respecto a Luis es la de dominancia, la de abuso, no la de respeto. Algunos autores de la psicología social cognitiva incluso llegan a hablar de que el vínculo que representarían los individuos agresivos sería más cercano al de persona-objeto: el sujeto víctima es despersonalizado siendo representado como un instrumento para la consecución de una meta (Berkowitz, 1974). En esta ocasión Luis es percibido como objeto, como instrumento que permite la obtención de un fin que Paco considera deseable: refuerzo social, a través de la sensación de poder que proporciona dominar a otra persona. El deseo más o menos voluntario de conseguir esta meta inicia en Paco todo un curso de acción que finalizará con la agresión.

La memoria a largo plazo (MCP) de los sujetos actúa de forma continua durante el acontecimiento, transmitiendo a la memoria operativa información acerca de los elementos implicados en el escenario mental. En este caso le recuerda a Paco que previamente a la ejecución de la agresión, ha de comprobar, si las circunstancias para cometer el abuso son las ideales. Así por ejemplo, la MCP hace presente en el modelo mental que, para poder obtener gratificación con la agresión, no debe darse cuenta de la misma ningún profesor. De esta manera se integra como conducta-medio para conseguir la meta la observación del pasillo en busca de la figura de algún adulto que pueda reprenderlo por su conducta. La ausencia de éste permite a Paco continuar con la secuencia de acción planeada: se acerca a Luis y cuando está a la distancia

acerca a Luis y cuando está a la distancia adecuada lo agrede.

5. Negociando los modelos mentales

La representación de la situación, o escenario que el sujeto realiza, es, como hemos señalado, única y personal y, sin embargo, ha de ser a la vez compartida. En el caso de modelos mentales psicosociales, las representaciones de los sujetos que interactúan deben tener elementos comunes si el objetivo es establecer una interacción efectiva. Es decir, no basta con que los individuos generen intenciones y metas, para llevarlas a cabo han de comunicárselas al otro, negociárselas con las personas con las que se interactúa (Rodrigo, 1993).

En el caso del matón y la víctima los modelos de ambos se van a complementar, a diferencia de lo que ocurriría si el matón se enfrentara a una persona que defiende sus derechos. El agresor desde sus intenciones adopta una actitud de dominancia, percibiendo a la víctima como pasiva. Ésta por su parte no reacciona adaptativamente, su actitud ante la violencia es negativa, y no alcanza más que a manifestar temor. Acepta su rol de víctima pasiva proporcionando a su agresor la sensación de dominio que buscaba. De esta forma parece que los modelos mentales de ambos sujetos tras un breve proceso de negociación en el que Paco impone las condiciones, se complementan para dar lugar a este fenómeno agresivo que hemos denominado matonismo.

Paco según sus intenciones golpea a Luis. Éste, sorprendido por la agresión, levanta la cabeza, y ve a Paco. En un instante genera un modelo mental de la situación. Su atención se focalizará en el agresor al que categoriza como fuerte, amenazante, peligroso. El vínculo que recupera de las relaciones con Paco es el que mantienen matón y víctima, y él asume su rol. A esto parece además sumarse otro factor: la definición de una meta por parte de la víctima parece bloquearse ante el terror que provoca la posibilidad de sufrimiento, que es lo que su modelo mental le pronostica. En consecuencia la víctima muestra patrones de conducta de terror e indefensión que son a su vez evaluados por Paco en base a su modelo mental. El matón, según muestran algunas investigaciones (Perry, Kusel y Perry, 1988), interpreta este patrón de indefensión como una señal para incrementar los ataques sobre las víctimas.

El episodio concluye una vez que el matón ha satisfecho sus necesidades: Paco empuja a Luis, apartándolo de su camino, ha logrado su meta, se siente satisfecho y decide no perder más tiempo con Luis. Sus intenciones han cambiado y con ellas su representación de la situación, retoma su modelo mental isomórfico inicial y se dirige hacia el patio de recreo.

6. Apuntes para la intervención sobre el fenómeno matón-víctima

A lo largo del presente artículo hemos hecho un análisis del matonismo en términos de cognición social. El énfasis en los aspectos cognitivos de la agresión supone romper una lanza a favor del desarrollo de métodos de intervención de carácter cognitivo para atajar el problema del matonismo. Este enfoque creemos que tiene mucho que aportar, y de hecho ya lo está haciendo, aunque no a los niveles que hemos descrito en esta aproximación, a los métodos de intervención. Inicialmente las medidas educativas puestas en marcha para atajar las interacciones agresivas tipo matón-víctima han estado inicialmente dirigidas de forma exclusiva al tratamiento individual de matones y víctimas (Dubow y Capps, 1988). Se esperaba que proporcionando habilidades sociales y autoestima a ambos, se solucionaría el problema. Esta visión restringida de la intervención sobre la dinámica matón-víctima, como se puede intuir, no ha ofrecido los resultados deseados.

En la actualidad se defiende que los programas deben partir de una política escolar global en la que la intervención tenga lugar a nivel de la escuela, del aula e individual (Arora, 1994; Batsche y Knoff, 1994; Olweus, 1992). Entre los objetivos de estos programas está, a nivel global: generar un clima escolar de cooperación, generar actitudes negativas hacia la agresión, hacer conscientes a alumnos y profesores de la importancia y los efectos negativos del matonismo; y a nivel individual: favorecer la toma de la perspectiva cognitiva del otro, y la percepción objetiva de estímulos. Se trata, en definitiva, de modificar las cogniciones que los sujetos tienen del fenómeno.

Creemos que ese es el camino a seguir, y desde aquí defendemos que la intervención puede y debe desarrollarse de forma global desde la escuela (para una revisión ver Arora, 1994; Larson, 1994) y por medio de estrategias cognitivo-conductuales, apoyadas en un correcto conocimiento de los procesos de pensamiento que ponen en marcha matones y víctimas en sus interacciones. Nuestro objetivo al plantear una visión del matonismo desde los modelos mentales, aparte de por su valor intrínseco, pretende servir también para lograr un mayor ajuste de las estrategias a usar en la intervención. Partir de la modificación de las representaciones mentales que los sujetos tienen de la situación social, debe constituirse como un paso ineludible en la intervención, y esto requiere establecer programas que intervengan tanto a nivel individual como colectivo.

7. Conclusión

En el presente trabajo hemos visto que la aparición de la dinámica del matonismo, está mediada por la si-

tuación (ausencia de censura, imposibilidad de huida, presencia de una víctima), las características de los sujetos, sus cogniciones y las particulares respuestas que emiten (agresión el matón, y pánico y terror la víctima). La interacción de estos factores produce una relación asimétrica de poder que se manifiesta por una agresión repetida, que trasciende al ámbito en el que se produce o puede producirse ésta inicialmente.

En el desarrollo de estos hechos, hemos defendido que el modelo mental, la representación del mundo que los sujetos hacen, juega un importante papel. Así la percepción de la situación junto a las intenciones y metas del sujeto derivan en un modelo mental específico que incluye una representación estimular de la situación, la percepción que el sujeto tiene de sí mismo, y de la víctima como más débil que él física y, sobre todo, psíquicamente. El modelo mental incide a su vez sobre nuestra percepción, lo que se observa claramente en la interpretación que el sujeto matón hace de las conductas de pánico que la víctima elicitaba tras haber sido agredida: no son percibidas como señal de sufrimiento y de petición de ayuda, sino como señal para incrementar la agresión.

Hemos tomado partido por una visión del ser humano como agente intencional rodeado de otros se-

res también intencionales, que en la interacción negocian sus respectivas representaciones de la realidad en base a los logros que pretenden alcanzar. Sin embargo, en las dinámicas matón-víctima el primero impone su modelo mental y sus intenciones ante el bloqueo de la víctima. La interacción intencional de unos sujetos sobre otros requiere de una teoría de la mente, de la atribución de pensamientos, creencias e intenciones al interlocutor. La intervención sobre el matonismo incide de forma indirecta sobre este aspecto al considerar como elemento indispensable que los sujetos se hagan conscientes de los pensamientos y el sufrimiento que padecen las víctimas.

Aunque queda un largo camino por recorrer para lograr un conocimiento claro de los procesos cognitivos de matones y víctimas, la información actual está permitiendo el desarrollo de medidas para la intervención. El uso de políticas escolares que impliquen a todo el centro, la atención sobre el problema y el establecimiento del diálogo alumno-profesor parecen estar dando resultados interesantes, lo que constituye, que duda cabe, una luz de esperanza en la lucha contra el problema del matonismo.

7. Referencias

- Algado M.T., Basterra A. y Garrigós J.I. (1996). Envejecimiento y enfermedad de Alzheimer. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 73, 81-103.
- Altimir S. (1991). *Malaltia d'Alzheimer: que ens cal saber*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Bazo M.T. y Domínguez C. (1996). Los cuidados familiares de salud en las personas ancianas y las políticas sociales. *R.E.I.S.*, 73, 43-56.
- Bazo, M.T. (Coord.)(1996), *Monográfico sobre Sociología de la vejez*. En *R.E.I.S.*, 73.
- Cacabelos R. (1991). *Enfermedad de Alzheimer*. Barcelona: Prous.
- Ibañez, J. (1979), *Más allá de la Sociología*. Madrid: Siglo XXI.
- Moragas R. (1993). *Gerontología social. Envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona: Herder.
- Ortí, A. (1989). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo". En M. García Ferrando, J. Ibañez, J. y F. Alvira (Comps.)(1989). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza.
- Sánchez Vera, P. (Ed.)(1993). *Sociedad y población anciana*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Valero, A. (Coord.)(1995). *Monográfico sobre la Familia*. *R.E.I.S.*, 70.
- Woods R. (1992). *La enfermedad de Alzheimer*. Madrid: Instituto Nacional de Servicios Sociales.

Artículo recibido: 20-2-97, aceptado: 2-6-97